

El neolítico en las comarcas centro-meridionales valencianas: matices sobre el modelo dual

SARA FAIRÉN JIMÉNEZ*; ANTONIO P. GUILABERT MAS*

A lo largo de estas páginas queremos mostrar las peculiaridades del modo de vida de las comunidades neolíticas de las tierras centro-meridionales del País Valenciano. Desde la versión tradicional del modelo dual se ha intentado dar una visión del proceso de neolitización basada en una tendencia constante y progresiva de consolidación del modo de vida agrícola y ganadero. En cambio, el análisis detallado del modo de vida de estas comunidades indica una evolución más compleja, que sólo en parte responde a esta tendencia.

Palabras Clave: Neolítico. Modelo dual. Modo de vida mixto. Modos de trabajo. Producciones simbólicas.

Es mostren les peculiaritats de la manera de viure les comunitats neolítiques de les terres centromeridionals del País Valencià. Des de la versió tradicional del model dual s'ha intentat donar una visió del procés de neolitització basat en una tendència constant i progressiva de consolidació del mode de vida agrícola i ramader. En canvi, l'anàlisi detallada del mode de vida d'aquestes comunitats indica una evolució més complexa, que tan sols en part respon a aquesta tendència.

Paraules clau: Neolític. Model dual. Mode de vida mixt. Formes de treball. Produccions simbòliques.

The Neolithic in Southeastern Spain: the dual model revisited

In this paper we show the peculiarities in the way of life of the neolithic communities in the middle and southern País Valencià (Spain). The usual version of the dual model dwells of the assumption that there is a constant and progressive tendency to consolidating the farming economy. However, the detailed analysis of the way of life of these communities indicates that the social evolution may have been much more complex.

Key words: Neolithic. Dual model. Mixed way of life. Modes of labour. Symbolic productions.

1. INTRODUCCIÓN

El concepto cronológico y cultural de Neolítico establecido por la historiografía tradicional es el de un período definido de forma monolítica por la aparición de una serie de innovaciones económicas (agricultura, ganadería) y técnicas (cerámica, piedra pulida). La domesticación de plantas y animales es un proceso biológico, cuyo origen, además, se encuentra fuera del continente europeo (los agriotipos proceden de la zona de Anatolia y Próximo Oriente). Sin embargo, su conversión en un modo de vida dominante es un proceso que se produce en un contexto socio-cultural concreto, afectando tanto a la esfera económica y material como a la social e ideológica de los grupos que se ven envueltos en él, y cuyos límites cronológicos y características varían en función de cada zona y la actitud del sustrato indígena sobre el que estas novedades se introducen.

La visión dominante desde mediados del siglo XX sobre el proceso de neolitización en el Mediterráneo Occi-

dental señala la expansión desde un foco en el Próximo Oriente de los grupos humanos portadores de una nueva economía y cultura material, así como su instalación en distintos puntos del litoral mediterráneo y el continente europeo junto a las poblaciones epipaleolíticas/mesolíticas locales. Estos grupos de cazadores-recolectores se mostrarían pasivos ante un proceso inexorable de sustitución étnica en el que su única opción sería verse desplazados o absorbidos, debido a la inherente superioridad de la agricultura como actividad económica.

Esta visión ha sido puesta en duda en las últimas décadas en el marco de un constante debate acerca de dos cuestiones principales: el cómo y por qué del cambio social y cultural. De esta manera, se ha producido una separación de posturas entre aquellos que postulan una difusión demica (migracionistas) y los defensores de la adopción indígena (aculturacionistas), y también en relación con las posibles causas de todo el proceso. Actualmente, de la mano de una revalorización de la mayor complejidad socioeconómica de las poblaciones epipaleolíticas europeas, de la eficiencia de sus estrategias de adaptación y explotación del medio, y su papel en la transición a la economía de producción, se plantean nuevas visiones sobre el proceso

* Área de Prehistoria. Universidad de Alicante.

de neolitización: visiones que afectan a los componentes del proceso (si constituyen un bloque monolítico o se introducen a distinto ritmo); la velocidad de su expansión (gracias al uso de las dataciones absolutas); el modo de difusión de las novedades y el rol de las poblaciones locales en su adopción; y los propios conceptos de *neolítico* y el *modo de vida* que lo define.

El *Neolítico* es un concepto definido a partir de un conjunto de criterios de distinto tipo (económicos, tipológicos e ideológicos), y con distinto peso en función de la posición teórica desde la que se aborde la cuestión (Vicent, 1989). Además, debido al carácter heterogéneo de estos criterios ni es necesario que todos aparezcan de forma simultánea, ni la presencia aislada de uno de ellos garantiza el desarrollo de los demás –como reflejan las variaciones regionales del proceso, que indicarían que lo que se denomina *proceso de neolitización* es sólo una categoría abstracta y no una realidad contrastada. Los criterios usados en su definición constituyen únicamente indicadores arqueológicos, cuya reunión ha sido establecida artificialmente por los investigadores para poder definir un marco cronológico y conceptual de trabajo. Pero además, debe considerarse que esta transición se produce dentro de una pluralidad de marcos culturales, sociales e históricos. Por ello, parece más adecuado hablar de *procesos de neolitización*, que incluirían no sólo los cambios que se dan en la esfera económica y material sino también aquellos que afectan a la ideología y organización social –aquellos donde con más claridad puede observarse la ruptura con el modo de vida cazador-recolector, y que no se dan de forma simultánea en todas partes. El proceso de neolitización del continente europeo constituye, por tanto, un fenómeno con múltiples facetas y componentes, susceptibles todos ellos de una enorme variabilidad regional en cuanto al ritmo y características de su adopción.

2. EL DEBATE SOBRE LOS INICIOS DEL PROCESO DE NEOLITIZACIÓN

Actualmente, el inicio del Neolítico en el Mediterráneo Occidental se define por la presencia de cerámica cardial y las primeras especies animales y vegetales domésticas, todas ellas de origen próximo-oriental, en la base de la secuencia estratigráfica de una serie de yacimientos ocupados por primera vez (o tras un largo *hiatus*) en el intervalo comprendido entre el 5900-5500 cal. BC (Zilhão, 2001). Lo que parece un hecho fuera de toda duda es, por un lado, el carácter alóctono de las especies animales y vegetales domésticas que forman la base de la economía de producción en el Mediterráneo Occidental (Vigne, 1989; Hopf, 1991). Por otro lado, recientes estudios del ADN de las poblaciones actuales mediterráneas parecen corroborar la existencia de un cierto aporte genético de origen próximo-oriental (Chikhi *et alii*, 2002). Por ello, en el estado actual de la investigación no puede negarse que el proceso de

neolitización del Mediterráneo occidental pudo iniciarse en un contexto de difusión démica, con la llegada de una serie de grupos portadores de innovaciones técnicas e ideológicas; sin embargo, el tamaño de estos grupos, su impacto sobre las poblaciones epipaleolíticas locales, y si este proceso se da en más de un foco, son cuestiones que aún deben ser clarificadas.

De esta manera, la cuestión principal sigue siendo en qué medida la difusión fue démica y en qué medida cultural, y cuál fue el impacto de la llegada de los nuevos elementos al continente europeo. Es decir, de qué modo se produce la expansión y consolidación de la economía de producción y los cambios que la acompañan, especialmente en relación con las poblaciones locales de cazadores-recolectores. La insuficiencia de la tradicional oposición en términos culturales y cronológicos epipaleolítico/neolítico se hace más evidente, como han señalado algunos autores, cuando se trata de establecer las relaciones entre los cambios técnicos y económicos y las transformaciones que afectan a las estructuras sociales e ideológicas en un proceso de larga duración (Vicent, 1991); por ello, y por la falta de homogeneidad de este proceso, estas cuestiones sólo pueden atenderse a un nivel regional. Así, debe asumirse que aunque las dataciones de Carbono 14 muestran que el proceso de llegada de las primeras innovaciones neolíticas fue rápido (Zilhão, 2001), su asimilación en el seno de las emergentes sociedades aldeanas sería un proceso lento. Sobre el inicio de este proceso, además, debe reconocerse que en el continente europeo existió un amplio abanico de posibilidades, con diferencias en su ritmo y características, entre las cuales pueden tener cabida tanto las hipótesis migracionistas como las indigenistas: si bien en algunos puntos del litoral mediterráneo (y atlántico peninsular) se ha mantenido la existencia de una difusión con un cierto aporte démico (Zilhão, 1993), en cambio en zonas concretas del continente europeo y de la propia Península Ibérica parece haberse producido una adopción indígena; este sería el caso defendido para la cornisa cantábrica y la bahía gaditana de la Península Ibérica (Arias *et alii*, 2000; Ramos Muñoz, 2000) o algunas regiones de la Europa oriental (Zvelebil y Lillie, 2000) y septentrional (Zvelebil, 2000). En otras zonas, además, el proceso puede combinar elementos de ambas posturas.

En la Península Ibérica, puede decirse que las posturas sobre los inicios del proceso de neolitización se dividen entre:

- a) *Migracionistas*: como variante de la teoría clásica o de las migraciones, basada en la difusión démica, se defiende la colonización mediterránea desde un foco en el Próximo Oriente (entre otros, Zilhão, 1993; 2001; Bernabeu, 1996; Martí y Juan-Cabanielles, 1997; 2002a).
- b) *Indigenistas*: defienden la posibilidad de una difusión cultural de ideas y prácticas que no implique necesariamente el movimiento de poblaciones; de esta manera, la adopción de los distintos compo-

nentes del Neolítico se produciría de forma selectiva por parte de las poblaciones locales de cazadores-recolectores, que las integrarían en sus propias estructuras socio-económicas (Vicent, 1991; 1997).

- c) *Poligénicas*: defienden la existencia de múltiples focos de neolitización, con procesos de domesticación autónomos de distintas especies animales y vegetales –como sería el caso de Cova Fosca (Castelló) (Estévez *et alii*, 1987). En los últimos años, estas propuestas han evolucionado hacia posturas cercanas al indigenismo, defendiendo una mayor complejidad social y económica de las poblaciones epipaleolíticas que incluiría la existencia de sistemas económicos de rendimiento diferido en éstas (Olària, 1999: 268).

Desde momentos tempranos del siglo XX, las comarcas centro-meridionales del País Valenciano han sido propuestas como uno de los principales focos de neolitización de la Península Ibérica. El paradigma dominante en la investigación en esta zona corresponde a un modelo mixto de difusión-aculturación, denominado *modelo dual*.

Las bases de este modelo se sientan ya en la década de los 50, a partir de la confluencia de dos líneas de investigación. Por un lado, se excavan y dan a conocer una serie de yacimientos de gran valor para el conocimiento de este período como la Cueva de la Cocina (Dos Aguas) y la Covatxa de Llatas (Andilla), en cuyas capas superiores aparecen cerámicas peinadas, incisas y con cordones que se superponen a los niveles epipaleolíticos; y la Cova de les Mallaetes (Barx) y con posterioridad la Cova de l'Or (Beniarrés) donde, como también ocurría en la ya conocida de Sarsa (Bocairent), no parecía haber niveles más antiguos bajo los materiales neolíticos. Sobre estos conjuntos materiales se realizarán los primeros estudios de síntesis en la zona, como los de Jordá y Alcácer (1949), San Valero (1950) o Fletcher (1953), entre otros. Si J. San Valero se centró en la publicación de los materiales procedente de la excavación de la cueva de La Sarsa, F. Jordá y J. Alcácer plantearon, a partir de los datos obtenidos en la Covatxa de Llatas, la existencia de dos facies en el Neolítico inicial de la zona del levante: una en las montañas cercanas a la costa, caracterizada por la presencia de cerámica cardial, instrumentos de hueso y escasos útiles líticos geométricos; y otra ligada al mundo epipaleolítico, localizada en el área montañosa del reborde oriental de la Meseta, y definida por la ausencia de cerámica cardial, hachas y azuelas y por una industria lítica caracterizada por los útiles geométricos. Por su parte, atendiendo a las distintas asociaciones de cerámica e industria lítica y a la distribución geográfica de los yacimientos neolíticos valencianos, D. Fletcher propuso su clasificación en tres grupos: un primer grupo situado en la zona costera, donde la cerámica cardial no aparecería asociada a una industria lítica geométrica (Cova de Mallaetes; Cova de les Rates Penaes); un segundo grupo en las zonas montañosas del interior de Valencia, donde la indus-

tria lítica mostraría un fuerte componente geométrico y no aparecerían cerámicas cardiales, aunque sí otros tipos de decoración (Cueva de la Cocina; Covatxa de Llatas); y un tercer grupo que aunaría elementos de los dos anteriores, en una zona de contacto donde estarían presentes tanto los elementos geométricos como cerámicas cardiales y otros tipos de decoración (Cova de l'Or; Cova de la Sarsa).

Por otro lado, en 1956 L. Bernabó Brea publicará los resultados de sus excavaciones en el yacimiento de Arene Candide (Liguria), donde definió un primer nivel neolítico caracterizado por la presencia de cerámica impresa. Esta cerámica no sólo estaría presente en el nivel neolítico más antiguo de todos los yacimientos con una estratigrafía conocida de la cuenca mediterránea occidental, caracterizando así la unidad del que se denominará *grupo cultural de la cerámica impresa del Mediterráneo occidental*. Además, su correspondencia tipológica con la hallada en los yacimientos neolíticos del Próximo Oriente permite establecer un claro vínculo con esta zona, y defender una difusión marítima mediterránea frente al paradigma africano dominante hasta el momento. Este vínculo mediterráneo será pronto adoptado en los estudios de conjunto de la zona valenciana, como el de M. Tarradell (1963), confirmado por los primeros análisis y dataciones de las semillas carbonizadas recogidas en el yacimiento de la Cova de l'Or (Beniarrés, Alacant): la presencia de diversas especies de trigo y cebada que no encuentran sus antecedentes silvestres en la Península, así, testimoniaría las relaciones existentes entre las culturas del Neolítico Antiguo valencianas y del Mediterráneo Oriental (Hopf, 1966).

Sobre estas premisas se establecerán las bases del *modelo dual*: la unidad y antigüedad del horizonte cardial en el Mediterráneo occidental, el primero en poseer cerámica y evidencias de una economía de producción; y el carácter original de una serie de focos como éste respecto al resto de la Península Ibérica. Al mismo tiempo, la tesis difusionista se verá matizada por una mayor valoración del papel del sustrato epipaleolítico en el proceso, haciendo hueco en el modelo a un mecanismo de aculturación tal como había sido defendido por J. Guilaine (1976).

De esta manera, J. Fortea (1973) señaló la existencia en el inicio de este proceso de una dualidad cultural entre los denominados *neolíticos puros*, representantes de una economía de producción plenamente constituida y de origen foráneo; y el sustrato indígena, los grupos *epipaleolíticos en vías de neolitización*, quienes paulatinamente irían asimilando estas innovaciones –comenzando por los elementos materiales (cerámicas, especies domésticas) y continuando por el modo de vida (la economía de producción, con todas sus consecuencias sociales e ideológicas). En las tierras valencianas, se considera que los yacimientos representativos del Neolítico más antiguo (las cuevas de Sarsa, Or o Cendres, o el yacimiento al aire libre de Mas d'Is) presentarían una cultura material totalmente nueva y una economía basada en la agricultura y la ganadería, destacando como ruptura radical respecto a la cultura material y

modo de vida de las poblaciones epipaleolíticas locales (Martí, 1985). Se defiende, en definitiva, el contacto entre dos tradiciones culturales cuya cultura material, modo de vida, organización social e ideología son muy diferentes, modificando este contacto la evolución de las comunidades epipaleolíticas que constituyen el sustrato de este proceso de neolitización. Este contacto, producido alrededor del VI milenio a.C., daría lugar tiempo después a la convergencia de ambos grupos por la progresiva asimilación de las comunidades epipaleolíticas del modo de vida neolítico, aunque adaptado en cada caso a las tradiciones preexistentes en cada zona, lo que explicaría la diversidad en el desarrollo del Neolítico tras esta primera fase (Fortea, 1973).

Aunque en sus esquemas fundamentales el modelo se ha mantenido inalterable en las últimas décadas, sí se han realizado algunas matizaciones sobre su contenido (hipótesis *ad hoc*), tendentes de forma general a reforzar los mecanismos de difusión démica en los inicios del proceso, y la idea de ruptura frente al modo de vida previo –olvidando en cierto modo que el propio Fortea planteó el modelo para responder al estudio no de fases genéricas (*Epipaleolítico vs. Neolítico*) sino de las distintas situaciones culturales que pueden afectar a cada grupo de población. Por otro lado, las últimas publicaciones de las dataciones de Carbono14 para los yacimientos de la zona centro-meridional del País Valenciano han mostrado que los yacimientos epipaleolíticos tradicionalmente mencionados dentro del modelo dual como posibles exponentes de la aculturación directa del sustrato, como Tossal de la Roca (Vall d'Alcalà), Santa Maira (Castell de Castells) o el Abric de la Falguera (Alcoi), presentan niveles de abandono previos a las fechas de 5600/5500 cal. BC que se manejan para el inicio de la secuencia neolítica en la zona. Así, estos yacimientos habrían detenido su ocupación dentro de la fase A del Epipaleolítico Geométrico (equiparable al horizonte Cocina I), y desde aproximadamente 6100/6000 BC, sólo encontraríamos estos grupos en zonas periféricas como la laguna de Villena (con yacimientos como Casa de Lara o Arenal de la Virgen) o las comarcas septentrionales valencianas (en el entorno de Cocina o Covatxa de Llatas), verdadero escenario del contacto e interacción entre ambos modos de vida. Por el contrario, en la zona comprendida entre el mar y las sierras de Benicadell, Mariola y Aitana existiría un *hiatus* en el hábitat hasta la llegada de los primeros grupos neolíticos, que se asentarían en una zona ya deshabitada (Hernández y Martí, 2000-2001; Martí y Juan-Cabanilles, 2002a y b; Bernabeu *et alii*, 2002).

3. EL MODELO DUAL COMO PARADIGMA: CUESTIONES ABIERTAS

Las críticas recibidas por este modelo pueden sintetizarse en tres direcciones. Por un lado, se ha cuestionado la base empírica del modelo desde hipótesis poligenistas que

proponen mecanismos de domesticación autónomos (como la *Capra hispánica* en los yacimientos castellonenses de Cova Fosca y Cova Matutano) o la existencia de niveles cerámicos previos a los cardiales (lisas en Verdelpino, Cuenca; y decoradas no cardiales en Cova Fosca y las andaluzas Cueva de Nerja, Cueva de la Dehesilla o Cueva Chica de Santiago (como resumen de estas propuestas, Hernando, 1999a; 1999b; Vicent, 1991; 1997). En respuesta a estos planteamientos, desde el modelo dual se ha intentado mostrar la inexistencia en Europa de los agriotipos salvajes de las especies que posteriormente serán domesticadas, así como la unidad de la cerámica cardinal y las especies domésticas alóctonas en la base de la secuencia neolítica en toda la fachada mediterránea y atlántica de la Península Ibérica. Se considera que los ejemplos mencionados para defender posturas autoctonistas habrían tendido a “*extrapolar lo singular*”, basándose en la valoración de elevadas dataciones absolutas asociadas a materiales concretos (cerámica y animales domésticos) sin atender a sus contextos económicos o sin considerar posibles alteraciones estratigráficas (Fortea y Martí, 1984-85: 179). En esta misma dirección se plantea la valoración de los problemas tafonómicos que presentarían estos yacimientos en recientes artículos de J. Zilhão, quien atribuye las elevadas dataciones absolutas y determinadas asociaciones estratigráficas a alteraciones postdeposicionales o, incluso, a la deficiente excavación de los depósitos (1993). Esta idea de las alteraciones postdeposicionales subyace también en el concepto de *contexto arqueológico aparente* señalado por otros autores para los yacimientos en discusión (Bernabeu *et alii*, 1999).

Por otro lado, otras críticas hacen referencia explícita al mecanismo de implantación del nuevo sistema económico: el modo en que se produjo la asimilación de estos nuevos elementos por parte de las comunidades epipaleolíticas indígenas, y sobre todo la velocidad a la que este proceso se realizó.

Respecto al modo, frente al proceso de difusión démica (por colonización-aculturación) esgrimido por los defensores del modelo dual, otras interpretaciones defienden un mecanismo de aculturación que limite las influencias externas a la difusión de ideas y cultura material sin movimiento de poblaciones; se valora además un mayor protagonismo del sustrato, cuya neolitización podría haberse producido en el marco de la intensificación y diversificación de estrategias económicas que define el Epipaleolítico (Vicent, 1991; 1997). Entre estos modelos alternativos a una expansión démica se encuentra el *modelo mosaico* propuesto por Schumacher y Weniger, quienes defienden la posibilidad de que los elementos culturales del Neolítico no fueran introducidos en la Península Ibérica por nuevos grupos de población sino por la adopción de los propios grupos epipaleolíticos indígenas, quienes integrarían estas nuevas ideas en su tradicional modo de vida; por ello, se señala que en la Península Ibérica no existiría una transformación significativa ni en las actividades subsistenciales ni en el patrón de asentamiento hasta “*el Neolítico medio o*

tal vez incluso el final del Neolítico y comienzos de la Edad del Cobre” (Schumacher y Weniger, 1995: 94). Otros trabajos, como el de Rodríguez, Alonso y Velázquez (1995), adoptan el *modelo de capilaridad* propuesto por Vicent (1991), según el cual la circulación de especies domésticas se habría producido en el marco de las relaciones intergrupales de reciprocidad existentes entre las bandas epipaleolíticas incluso en lugares muy alejados del foco originario, sin necesidad de recurrir a un movimiento de grupos portadores de estos elementos. En esta misma línea, algunos autores han planteado además que la adopción de ciertos aspectos de la economía de producción y cultura material neolítica por parte de los grupos indígenas no supondría necesariamente el abandono de las actividades depredadoras: ambas podrían haberse mantenido simultáneamente, en ciclos estacionales o de forma permanente, como resultado de la adaptación a unas condiciones naturales y demográficas particulares; de esta manera, se plantea también la posibilidad de que las diferencias en el registro arqueológico señaladas por los defensores del modelo dual entre los yacimientos considerados epipaleolíticos y neolíticos pudieran deberse en realidad a la especialización funcional de cada uno, y no a su pertenencia a grupos sociales de distinta base económica (Barandiarán y Cava, 1992; 2000).

En cuanto al ritmo, incluso los defensores del modelo dual aceptan la idea de un proceso de neolitización que abarque mucho más allá del Neolítico Antiguo. Ya en 1978 B. Martí afirmaba que “*hasta el pleno Eneolítico no se alcanzan en la Península Ibérica el conjunto de características englobadas bajo el concepto de Neolítico*” (Martí, 1978: 63). Se insiste siempre en la idea de que el registro arqueológico epipaleolítico en la zona del Levante mediterráneo en fechas del VI milenio BC no evidenciaba indicios de cambio por evolución propia hacia la economía de producción; por el contrario, estos cambios se iniciarían cuando apareciesen grupos neolíticos en las zonas próximas a sus lugares de hábitat (Martí y Juan-Cabanilles, 1997; 2002a). Sin embargo, algunos autores han planteado la posibilidad de que la plena asimilación de la economía de producción pudiera rebasar incluso el marco cronológico del horizonte Neolítico II. Así, se defiende que con la llegada de los primeros grupos neolíticos se produciría la adopción por parte de las comunidades epipaleolíticas de un modo de vida mixto, basado en la combinación de modos de trabajo depredadores y productores, que se man-

tendría hasta los momentos finales del Neolítico II; sólo entonces, de la mano de la denominada *revolución de los productos secundarios* (Sherratt, 1981), las actividades productoras comenzarían a primar sobre las demás, desarrollándose un modo de vida agropecuario que alcanzaría su plenitud en los inicios de la Edad del Bronce (Jover, 1999: 150; Guilabert *et alii*, 1999).

Por último, se ha planteado también una crítica al propio enfoque normativo del modelo, desde una posición teórica encuadrada en la Arqueología Social y basada en la definición del modo de producción de estas sociedades (Ramos Muñoz, 2000).

4. CARACTERIZACIÓN DE LAS COMUNIDADES NEOLÍTICAS EN LA ZONA CENTRO-MERIDIONAL DEL PAÍS VALENCIANO. LOS INDICADORES ARQUEOLÓGICOS

4.1. Economía, cultura material y materias primas

Desde el paradigma del modelo dual, con una voluntad de remarcar las diferencias en cuanto al modo de vida entre las poblaciones epipaleolíticas locales y los nuevos grupos neolíticos, se ha intentado mostrar la existencia de una constante y progresiva consolidación de un modo de vida basado en la producción agrícola y ganadera a lo largo de la secuencia neolítica (Bernabeu y Pascual Benito, 1998: 9). Así, los grupos neolíticos puros habrían implantado desde su llegada un sistema de agricultura mixta, basada en el cultivo de distintas especies de cereales y leguminosas y el mantenimiento de una cabaña ganadera formada mayoritariamente por ovicápridos; mientras que la explotación de recursos naturales, en forma de caza, pesca o recolección, tendría escasa relevancia cualitativa, de acuerdo con los condicionamientos económicos (Bernabeu, 1995:48).

Sin embargo, distintos autores han remarcado el hecho de que la implantación de un sistema productivo de base agropecuaria no implica necesariamente la renuncia a la explotación de los recursos salvajes, especialmente en aquellas zonas donde existe una biodiversidad que lo permite (Barandiarán y Cava, 1992; Vicent, 1997). Este hecho ha sido reconocido también en algunos casos de la zona valenciana como la Cova de les Cendres, que muestra en el inicio de su ocupación neolítica una especialización en la

	Or	Sarsa	Jovades	Arenal	Bolumini	Fuente Flores	Ereta I/II	Ereta III/IV
Cronología	NIA	NIA/B	NIIB	HCT	NIA?	NIIB?	NIIB	HCT
Domésticos	72,4	64,8	88,6	92	55,7	36,8	53,8	52,9
Salvajes	27,6	35,2	11,4	6	20,5	63,2	46,2	47,1
Muestra	1363	2374	2890	856	165	585	1754	766

Tabla 1. Porcentajes de fauna doméstica y salvaje en yacimientos neolíticos valencianos (a partir de Bernabeu, 1995: Cuadro 4).

explotación de recursos marinos mediante la pesca y el marisqueo (Bernabeu, 1995); sistema recientemente propuesto también en las comarcas meridionales litorales de Alicante (Soler y López, 2002: 19-20). A pesar de esto, desde la visión tradicional del modelo dual no se da una explicación satisfactoria de la presencia de fauna salvaje (ciervo, caballo, conejo) en aquellos yacimientos donde se han efectuado análisis faunísticos, y que cubren toda la secuencia neolítica (tabla 1).

Por ello, algunos autores han propuesto como resultado del proceso de neolitización en este marco regional un modelo de economía mixta, basado en la combinación de modos de trabajo predadores y productores, que se mantendría hasta momentos avanzados del Neolítico II; sólo entonces, como resultado del aprovechamiento de los recursos secundarios de la cabaña ganadera y la introducción de nuevas técnicas como el arado y abonado, se produciría una intensificación de las actividades productivas que conduciría a la plena adopción de un modo de vida campesino (Guilabert *et alii*, 1999). Este modelo no sólo daría cuenta de la diversidad de recursos explotados por estas comunidades durante buena parte de la secuencia neolítica, sino también del modo en que se produjo la interacción entre los dos grupos de población cuya coexistencia postula el modelo dual: no habría un desplazamiento de poblaciones, sino una integración equitativa de los dos grupos en un modo de vida que presentaría caracteres comunes a ambos.

Dentro de la escuela valenciana, este modelo de economía mixta no es aceptado para la zona centro-meridional del País Valenciano, considerada un foco originario de neolitización y vinculada por tanto a grupos neolíticos *puros*, cuya economía debiera ser plenamente productora; pero sí para las zonas de expansión de estas primeras comunidades, como las comarcas valencianas del interior –donde el entorno de yacimientos como Ereta del Pedregal

(Navarrés) o Fuente Flores (Requena) presentaría condiciones favorables para una explotación cinegética que complementase los recursos domésticos (Martí y Juan-Cabanilles, 2002b: 166).

Efectivamente, en los yacimientos de las comarcas centro-meridionales valencianas (Jovades, en Cocentaina; Arenal de la Costa, en Ontinyent) los porcentajes de fauna salvaje consumida son mucho menores que los presentes en asentamientos del interior (como Ereta del Pedregal o Fuente Flores), mostrando además una tendencia creciente a la dependencia de especies domésticas a medida que avanza la secuencia neolítica (ver tabla 1). Sin embargo, no es menos cierto que el análisis de los soportes empleados como materia prima en la industria ósea indica una tendencia contraria, con el progresivo incremento del uso de soportes de animales salvajes (salvo en el caso de Niuët, donde la muestra arroja 22 útiles sobre fauna doméstica frente a 19 sobre partes de animales salvajes –Bernabeu *et alii*, 1994: 58)¹. De esta manera, si bien a lo largo de todo el Neolítico los animales salvajes muestran una vinculación mayoritaria con los adornos y el dominio de la apariencia, a partir del horizonte Neolítico II se constata una sustitución generalizada de los metapodios de ovicáprido por tibias de lepórido para la fabricación de punzones (Pascual Benito, 1998). Se produce así un notorio desequilibrio entre la fauna consumida y disponible, de procedencia doméstica, y aquella usada como materia prima para la fabricación de útiles y adornos: si en el Neolítico I se usan sobre todo soportes domésticos, que son también los más consumidos, en los horizontes Neolítico II y Campaniforme la relación se invierte, y serán las especies salvajes las que dominen como soporte de los distintos productos de la industria ósea, tanto funcionales como simbólicos; a pesar de que en estos momentos los soportes salvajes son menos abundantes en el registro (ver tablas 2 y 3).

	Neolítico I	Neolítico II	HCT
Especies domésticas	31'5	10'5	6'6
Especies salvajes	18'5	38'8	32'1
Indeterminados	49'9	50'7	61'2

Tabla 2. Distribución de los soportes de la industria ósea por períodos (a partir de Pascual Benito, 1998: cuadro IV.12).

	Or	Sarsa	Jovades	Ereta I-II	Ereta III-IV	Arenal
Fauna consumida						
Domésticos	72,4	64,8	88,6	53,8	52,9	92
Salvajes	27,6	35,2	11,4	46,2	47,1	6
Industria ósea						
Domésticos	47'3	69,3	16'6	16	18'8	57'1
Salvajes	52'7	30'7	83'4	84	81'2	42'9

Tabla 3. Comparación entre los porcentajes de fauna consumida y soportes usados en la industria ósea (a partir de Bernabeu 1995: Cuadro 4; Pascual Benito, 1998: Cuadro IV.13).

4.2. La ocupación del territorio

Dentro de la voluntad de remarcar las diferencias en el modo de vida entre las poblaciones epipaleolíticas y los grupos neolíticos puros, también ha recibido atención el modo de ocupación y explotación del territorio por parte ambos grupos.

Así, para las poblaciones epipaleolíticas de la zona se han planteado unas pautas de explotación del territorio itinerantes, basadas en el aprovechamiento intensivo y estacional de distintos nichos ecológicos: costeros, para la explotación de peces y moluscos; y de media montaña, para la cabra montés y el ciervo; con formas de explotación planificadas en función de cada entorno, pues unos mismos grupos se moverían entre estas tierras bajas litorales y la media montaña, transportando los recursos a distancias alejadas de sus lugares de obtención (Aura, 2001). Destacándose además en los últimos años la existencia de un vacío poblacional en la zona montañosa del norte de la provincia de Alicante, donde se asentarán las nuevas poblaciones neolíticas llegadas desde el Mediterráneo (Hernández y Martí, 2000-2001; Martí y Juan-Cabanilles, 2002a y b; Bernabeu *et alii*, 2002).

En cuanto a las poblaciones neolíticas, quizás como herencia del concepto de *Cultura de las Cuevas* establecido por Bosch Gimpera y seguido posteriormente por Tarradell en su denominación *Cultura de las cuevas con cerámica decorada*, durante años ha predominado en la investigación valenciana la idea de que el Neolítico más temprano se caracterizaría por el hábitat mayoritario en cuevas; mientras que la generalización de las aldeas al aire libre sólo se produciría en el Neolítico Final, de forma paralela a lo registrado en otras culturas del Mediterráneo Occidental como el Chasense del sudeste francés. Esta idea se ha mantenido a pesar de que incluso Tarradell (1963) reconoció la peculiaridad en este sentido de la región valenciana, donde ya en 1961 J. M^a Soler había dado a conocer el yacimiento al aire libre de Casa de Lara (Villena) –con una larga secuencia que de forma continuada abarca desde momentos epipaleolíticos hasta campaniformes, y cuyas cerámicas cardiales fueron las primeras documentadas sistemáticamente en un yacimiento al aire libre en el País Valenciano. Sin embargo, los estudios sobre el poblamiento en la zona realizados en las últimas décadas apuntaban la posibilidad de la existencia de un hábitat al aire libre desde el inicio del Neolítico, a partir de hallazgos como los de Mas del Pla y Bancals de Satorre (Benifallim) y las antiguas menciones sobre el hallazgo de cerámicas cardiales en el entorno del Mas d'Is (Penàguila) (Bernabeu *et alii*, 1989). Estudios posteriores en esta línea han mostrado evidencias concluyentes de la existencia de asentamientos al aire libre desde los momentos más tempranos del Neolítico, como evidencian los resultados de la excavación en el mencionado yacimiento de Mas d'Is, y las evidencias procedentes de Les Dotze en Bocairent (Pascual Beneyto, 1990-91) o Ledua en Novelda (Hernández y Alberola, 1988).

Estas evidencias obligan a replantear nuestro conocimiento de los modelos de poblamiento en los momentos iniciales de la secuencia neolítica. Por un lado, se documenta una simultaneidad en la ocupación de asentamientos al aire libre, cuevas y abrigos, ubicados de forma diferencial en distintos nichos ecológicos, que sólo puede explicarse desde una voluntad de explotación integral de todos los recursos disponibles en el medio: tanto los debidos a la puesta en marcha de un sistema de producción de base agropecuaria, con el cultivo de distintas especies de cereales y algunas leguminosas (Hopf, 1966; Buxó, 1991) y la explotación de una cabaña ganadera en la que predominan los ovicápridos; como el mantenimiento de la explotación de especies salvajes que muestran los porcentajes de fauna consumida en yacimientos como Or, Sarsa o Cendres.

Por otro lado, frente a la relativa sedentarización que suele atribuirse a las comunidades neolíticas, el análisis del registro conocido en el País Valenciano nos muestra la existencia de pautas de movilidad a distintas escalas, cuya estructura redundaría en la señalada voluntad de aprovechamiento intensivo de los distintos recursos del entorno. Respecto a los asentamientos al aire libre, si en la fase Neolítico IA las evidencias son escasas y dispersas (concentradas en los cursos altos de los ríos Serpis y Vinalopó), a partir del horizonte Neolítico IB asistimos a dos tendencias que se mantendrán durante el resto de la secuencia:

- 1) Expansión del poblamiento a nuevas zonas, como se documenta en las distintas cubetas que se suceden a lo largo del curso del río Vinalopó –donde se ocupan por primera vez asentamientos en llano como Ledua (Novelda) o La Alcudia (Elche), y cuevas como la Cova de les Aranyes del Carabassí (Santa Pola). Posiblemente este proceso de expansión deba ser entendido, en la línea señalada por otros autores (Bernabeu *et alii*, 1989), en relación con el crecimiento demográfico y la progresiva segmentación de un grupo inicial (fig. 1).
- 2) Movilidad residencial. Dentro de algunas de estas unidades geográficas se documenta una multiplicación de las evidencias de poblamiento al aire libre, en puntos tan cercanos que de ser contemporáneos se estarían superponiendo sus relativas áreas de captación inmediatas. Si atendemos al tipo de asentamiento que indican las evidencias conocidas, vemos que las estructuras que caracterizan a las aldeas de la zona valenciana a lo largo de toda la secuencia neolítica (tanto construidas –cabañas–, como excavadas –fosos, silos, cubetas) presentarían un carácter endeble, sin que parezca existir una voluntad de reproducir la ocupación del sitio de forma permanente (a diferencia de las construcciones en piedra estables propias de los poblados neolíticos de Grecia o Italia). En este sentido, debe señalarse que en el yacimiento de Mas d'Is se ha señalado la existencia de plazos cortos de recons-

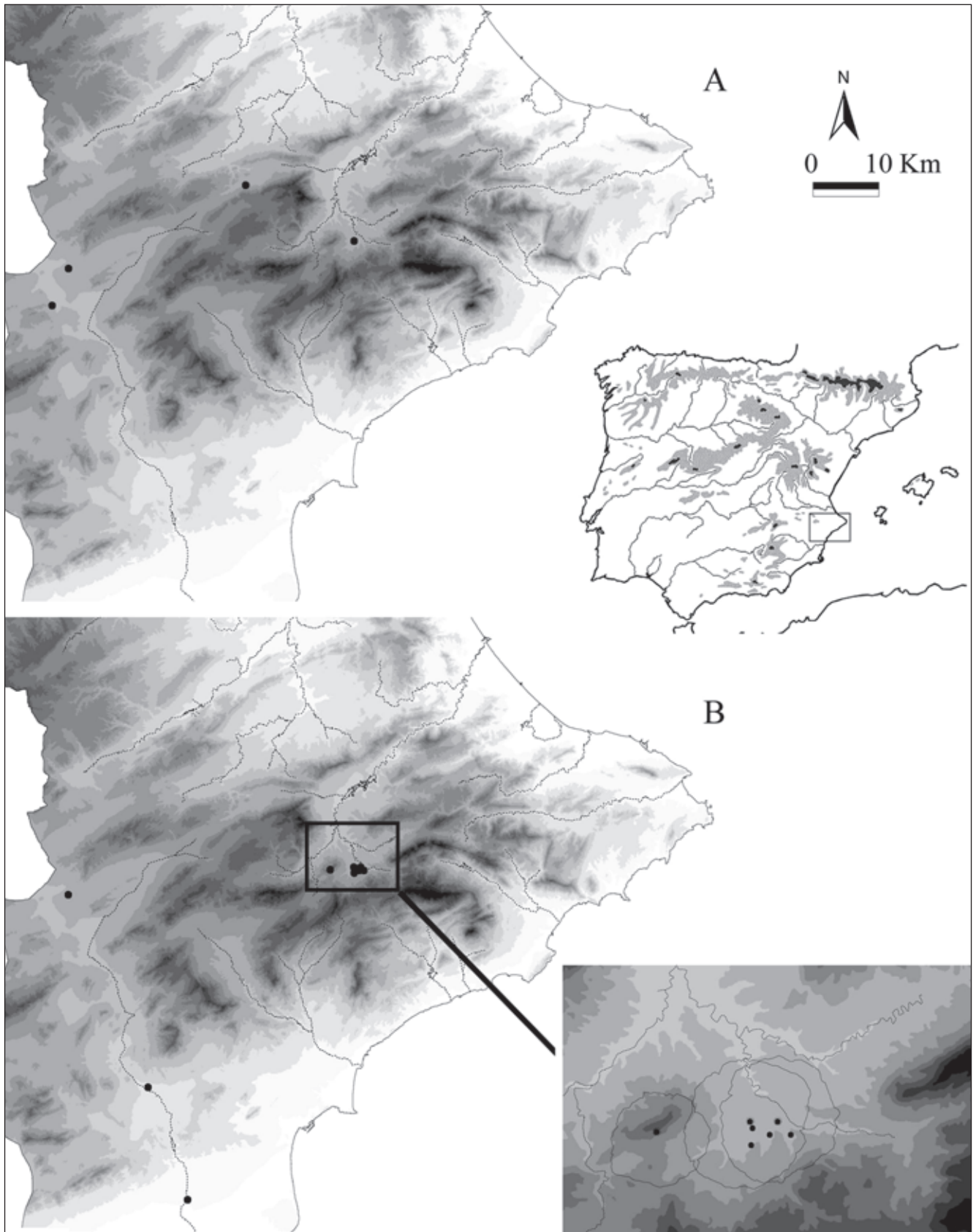


Figura 1. Asentamientos al aire libre. A) Horizonte Neolítico IA; B) Horizonte Neolítico IB. En el recuadro puede observarse el solapamiento de las áreas de captación calculadas para algunos de los yacimientos (considerando una hora de camino desde los yacimientos).

trucción o reedificación del espacio doméstico, al constatare la superposición de diversas estructuras con una cultura material homogénea (Bernabeu *et alii*, 2002); lo mismo ocurre posteriormente en Niuët (Bernabeu *et alii*, 1994: 72). Este tipo de superposiciones han sido documentadas también en el yacimiento del Neolítico Antiguo de La Draga (Banyoles, Girona), donde según los resultados de los análisis dendrocronológicos la secuencia total de ocupación no supera los 40 años; en este margen temporal, sin embargo, muchas de las estructuras tuvieron que ser reconstruidas, superponiéndose las más recientes a las más antiguas (Bosch *et alii*, 1999). Estos datos podrían estar indicando que las secuencias de ocupación de estos yacimientos son breves, siendo frecuentes las reconstrucciones y posiblemente también la reubicación del lugar de hábitat. De acuerdo con esto, es posible leer esta concentración de hallazgos en un sentido diacrónico, como el fruto de sucesivas reubicaciones de un mismo grupo familiar siempre dentro de una misma zona o nicho ecológico. Estaríamos hablando así de unas pautas de *movilidad residencial*, con el traslado de todo el grupo social a otra zona, que puede deberse tanto a razones de higiene o para evitar estructuras excavadas anteriores, que tendrían que volver a rellenar para hacer de nuevo practicable la superficie (Román, 1999); o, a una escala más amplia, debida al propio sistema de producción agrícola, de alternancia de cultivos o barbecho de ciclo corto (Bernabeu, 1995).

Este sistema presentaría una cierta inestabilidad a medio plazo, obligando a abrir constantemente nuevos espacios de cultivo, lo cual explicaría la gran dispersión de los vestigios de poblamiento en torno a núcleos concretos en estos momentos: no se trataría de aldeas ocupadas simultáneamente por distintas unidades familiares, de carácter autosuficiente e igualitario; sino que serían vestigios de hábitat diacrónicos, asociados a un mismo grupo familiar que habría ido trasladando su lugar de residencia a medida que agotase las tierras en su entorno inmediato. Esta pauta ha sido señalada también en la ocupación de las distintas cubetas situadas a lo largo del río Vinalopó (Guilabert *et alii*, 1999: 287). La escasez de silos constatados en las aldeas de mayor antigüedad, siendo usados como contenedores de almacenaje grandes vasos cerámicos; y el pequeño tamaño de molinos y molederas, que facilitarían así su transporte, pueden ser considerados indicadores válidos del grado de movilidad y escasa fijación al territorio de estos primeros grupos de economía productora. Esta tendencia, que se mantendría hasta momentos finales del Horizonte Neolítico IIB, se invertiría a partir de estos momentos, cuando se observa una nuclearización del hábitat y un mayor grado de fijación al territorio (Bernabeu *et alii*, 1989). Este proceso sería paralelo a una intensifica-

ción de la producción agropecuaria asociada al aprovechamiento de los productos secundarios: con la disminución de las actividades predatoras y un mayor peso de la producción de alimentos, reflejada en el aumento del número de restos vegetales conservados, y en el cambio de las pautas de distribución por especies y patrones de sacrificio de la cabaña ganadera; en la aparición de nuevos tipos ergonómicos que dan fe de las transformaciones (p.ej., encellas y dientes de hoz); en la diversificación de los tipos de utillaje lítico pulimentado, que nos habla de una diversificación de las tareas; en el cambio de las formas cerámicas, que vuelven a ofrecer índices similares a los del horizonte Neolítico IA; y con el progresivo abandono de los patrones de movilidad residencial y la fijación al territorio mediante la construcción de estructuras perdurables (en las cuales, desde el Campaniforme, se documenta la aparición de nuevas áreas de actividad como las de molienda) (Guilabert *et alii*, 1999; Jover, 1999: 119).

Por último, la ocupación de cuevas y abrigos en estos momentos (de carácter no permanente, como indica la escasa entidad de sus niveles de ocupación), nos permite además reconocer unas pautas de movilidad logística que posiblemente afectarían sólo a una parte del grupo social, dentro de una estrategia de explotación del entorno funcionalmente diversificada: con un aprovechamiento intensivo de todos los recursos disponibles, tanto domésticos como salvajes, para compensar las fluctuaciones inevitables en la puesta en marcha de un sistema de producción agropecuario. Así, hemos señalado que la implantación entre las comunidades neolíticas de la zona de una economía de base agrícola no sería incompatible con el mantenimiento de unas pautas de aprovechamiento intensivo del medio que incluirían el recurso a la caza y recolección, dentro de un modelo de economía mixta (Guilabert *et alii*, 1999). La ocupación de estas cuevas y abrigos se daría tanto en un contexto ganadero, como redil. Este es el uso señalado para el Abric de la Falguera (Alcoi), la Cova de Bolomini (Benimeli-Beniarbeig) o Santa Maira (Castell de Castells) (Badal, 1999; 2002). Pero también para el aprovechamiento de recursos naturales, en algunas cuevas y abrigos que muestran una recurrencia en su ocupación desde el Paleolítico Superior y Epipaleolítico; refugios especialmente adecuados por su morfología o su emplazamiento para la explotación de diversos nichos ecológicos, como complemento a las actividades productivas agropecuarias (lo cual explicaría su uso reiterado durante milenios, independientemente de la adscripción cultural de sus ocupantes). En cambio, a medida que avanza la secuencia neolítica vemos cómo el uso de muchas de estas cuevas y abrigos se estanca o es abandonado, contrastando con el aumento de las evidencias de poblamiento al aire libre que se registra en el Neolítico IIB y Horizonte Campaniforme. De hecho, las únicas cavidades cuyo uso se mantiene son aquellas que funcionalmente pueden relacionarse con pautas de estabulación del ganado (Cova de les Cendres, Abric de la Falguera), uso que perdurará en la Edad del Bronce. Por ello,

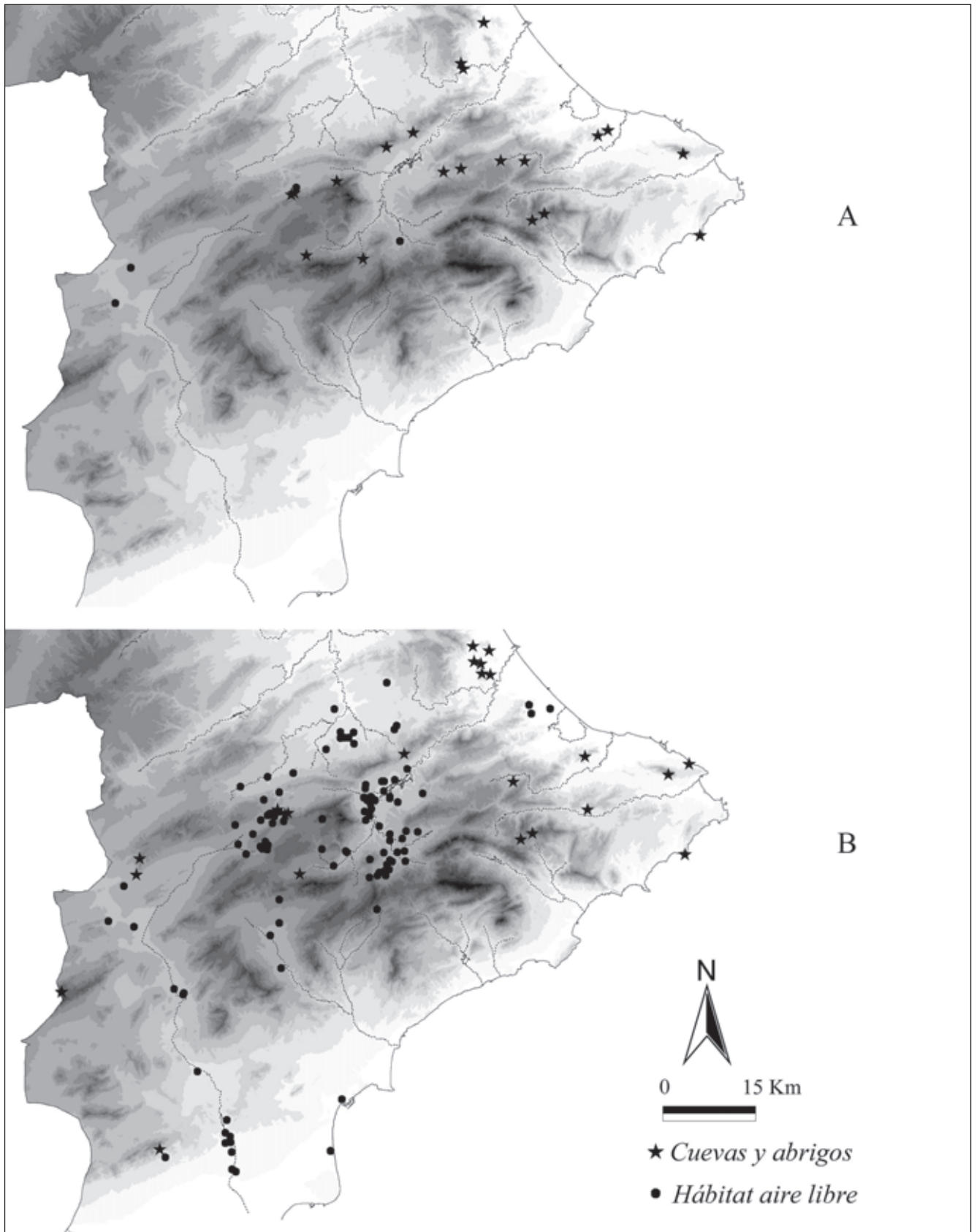


Figura 2. Evolución del poblamiento: asentamientos al aire libre, cuevas y abrigos. A) Neolítico IA; B) Horizonte Neolítico IIB. Obsérvese cómo el número de cuevas conocidas permanece estable desde los inicios de la secuencia, mientras que el poblamiento al aire libre muestra una destacada expansión –aún considerando que no todos los puntos serían contemporáneos.

el descenso cuantitativo en la ocupación de cuevas y abrigos debe leerse como una reducción de las fuentes de aprovechamiento de recursos diversificadas de las comunidades neolíticas en los momentos finales de la secuencia, ligada a la intensificación de las actividades agrícolas y ganaderas que se documenta en estos momentos (fig. 2).

4.3. Ideología y producciones simbólicas

El mantenimiento de los porcentajes de fauna salvaje en los yacimientos de la zona a lo largo de todo el Neolítico podría explicarse en términos puramente económicos, pues ya hemos señalado que el hecho de adoptar un sistema económico agrario no implica necesariamente la renuncia a la explotación de recursos silvestres si éstos están fácilmente disponibles. Sin embargo, existen otros indicadores arqueológicos que parecen apuntar que el rol de la caza entre estas poblaciones no sería exclusivamente subsistencial.

La existencia de un detallado estudio sobre las características de la industria ósea de las comunidades neolíticas del área del País Valenciano (Pascual Benito, 1998), permite hacer algunas consideraciones a partir de las materias primas seleccionadas como soporte de los distintos objetos: pues, si bien el condicionante principal de su elección será la adecuación de sus características y propiedades a la función asignada, en el caso de los objetos de carácter simbólico (como también ocurre con el Arte) debe considerar-

se que su forma y soporte no responderá tanto a condicionantes técnicos como culturales. Y aunque en todos los períodos existe un elevado porcentaje de soportes de procedencia indeterminada (alrededor del 50% de la muestra), puede reconocerse una tendencia generalizada a la reducción del uso de especies domésticas frente a una progresiva dependencia de las salvajes (ver tabla 2). En cambio, la tendencia señalada para la fauna consumida a lo largo de la secuencia neolítica es la contraria, con una progresiva dependencia de especies domésticas en el consumo.

Si bien esta tendencia puede ponerse en relación con la señalada para numerosas comunidades neolíticas, donde es frecuente la explotación de recursos salvajes como complemento de la dieta o como fuente de materias primas (Zvelebil, 1992), algunos autores han señalado el posible rol social de estas actividades, como instrumento de prestigio y poder dentro del grupo: con la interacción entre grupos indígenas de economía cazadora-recolectora y los recién llegados colonos de economía productora que se dará desde los momentos iniciales del Neolítico, se irá gestando una nueva sociedad donde las bases económicas serán productivas, pero manteniendo algunos de los valores sociales propios de los grupos cazadores-recolectores. De esta manera, la caza habría adquirido en importancia social lo que pierde como valor económico, en un proceso de transferencia de la ideología de la caza y la figura del cazador desde la esfera económica a la esfera social; sería,

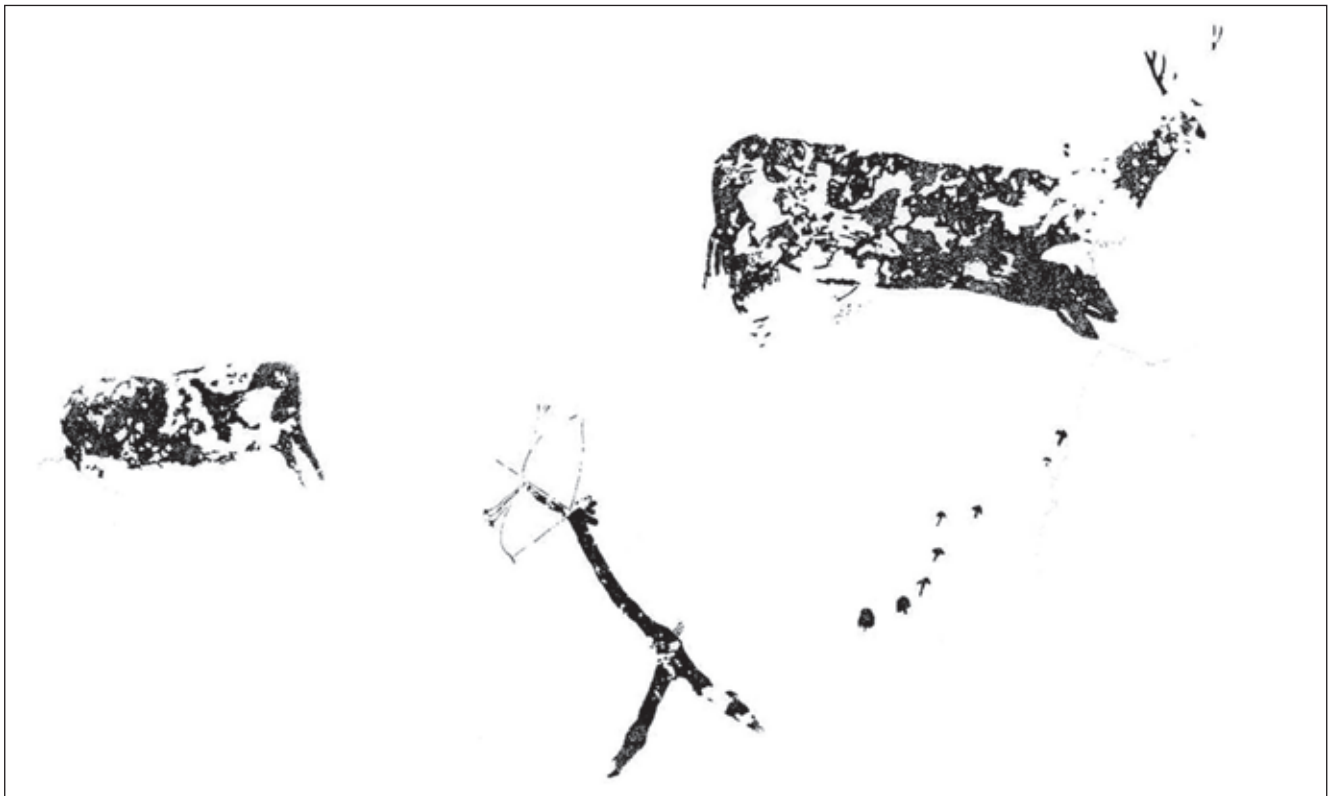


Figura 3. Abric II de La Sarga (Alcoi). Representación levantina de un arquero en posición de disparo. Pueden apreciarse las emplumaduras cruciformes de las flechas, así como la representación de varias puntas de flecha de aletas y pedúnculo sin emmangar.

así, un valor social desarrollado por los propios grupos de agricultores y ganaderos, que no afecta a una dimensión práctica sino ideal de la sociedad (Vigne, 1993; Sidéra, 2000).

En este sentido, no deja de resultar llamativa la proliferación de armaduras de flecha a partir de la fase Neolítico IIA: aunque estos elementos aparecen con frecuencia en contextos de hábitat, constituyen también una parte esencial de los ajuares funerarios de aquellos individuos o familias que serían distinguidos por su enterramiento en cuevas. Ajuares que, como han remarcado otros autores, no se caracterizan por la presencia de elementos característicos de comunidades agrícolas sino al contrario, por otros más propios de cazadores-recolectores (Soler, 2002, vol. II: 108). Por otro lado, no debe olvidarse que la representación de escenas de caza es uno de los elementos definitorios del Arte rupestre Levantino, representado por los grupos neolíticos de la zona al menos entre el V y III milenio BC. Además, aunque no en la zona valenciana, existen escenas levantinas donde se muestran capturas colectivas de ciervos vivos, como ocurre en los abrigos aragoneses de Muriecho, Los Chaparros o El Garroso; escenas que se repiten también en el Arte Esquemático, en abrigos como Mallata y Coquinera, y cuyos paralelos pueden remitirse a los frescos de Çatal Hüyük (Utrilla, 2002: 197) (fig. 3).

Por otro lado, en otra ocasión hemos señalado que en las comarcas centro-meridionales del País Valenciano los mismos grupos neolíticos habrían sido responsables de la representación simultánea tanto del Arte Esquemático como del Levantino; estilos que tendrían un papel común en la articulación del territorio en estos momentos, mostrando una dualidad ideológica que respondería a la existente también en sus bases económicas (Fairén, 2002; 2004). Considerando otros indicios, tal vez cabría plantearse la posibilidad de que esta dualidad tuviera no sólo un fundamento económico, sino también social.

Por ello, la secuencia artística del País Valenciano constituye un elemento fundamental en la interpretación de los cambios ocurridos en el seno de estas comunidades desde los momentos iniciales del Neolítico. Esta secuencia, caracterizada por la sucesión y coexistencia de tres estilos muy distintos en su forma y contenido (Macroesquemático, Esquemático y Levantino), puede dividirse en dos fases con un contenido distinto:

- 1) Una primera fase, correspondiente a los momentos tempranos de la secuencia Neolítica (horizonte Neolítico IA o de las cerámicas cardiales), donde se representan fundamentalmente motivos Macroesquemáticos y también algunos Esquemáticos. La elección en el primer caso de abrigos de gran tamaño, accesibles y situados junto a líneas de comunicación, aparentemente relacionados con la celebración de rituales de agregación social o religiosa (Fairén, 2004), mostraría una creciente importancia del ceremonial y la monumentalización en estos momentos. Esta tendencia es característica de las

comunidades neolíticas, donde las nuevas relaciones sociales de producción impondrían una forma específica de apropiación del espacio; con nuevas estrategias de control y dominación de la naturaleza que alteran el entorno y lo sustituyen por un paisaje artificial, social y cultural (Criado, 1991). Este incremento de la complejidad ceremonial, destinada a mantener la cohesión grupal en un momento de importantes cambios en su modo de vida, puede apreciarse en otros componentes del paisaje que se desarrollan en estos momentos, como serían los fosos monumentales documentados en yacimientos como Mas d'Is (Penàguila) (Bernabeu *et alii*, 2002); o el uso ritual que parecen recibir algunas cuevas como las de Or y Sarsa, donde existe una significativa acumulación de bienes como cerámicas cardiales de gran calidad y con decoración simbólica, unos peculiares patrones de sacrificio de la fauna, o tubos de hueso que se han interpretado en relación con actividades musicales en contextos rituales (Vicent, 1997; Martí *et alii*, 2001) (fig. 4).

- 2) Una segunda fase, donde ya no se representa Arte Macroesquemático aunque muchos de sus abrigos son reutilizados, y caracterizada por la representación pautada y simultánea de Arte Esquemático y Levantino en abrigos destinados al control visual del territorio, el movimiento y los puntos de paso (Fairén, 2004). El uso del Arte rupestre en estos momentos puede leerse, así, en términos de una progresiva territorialización de estos grupos. Por otro lado, el carácter neolítico del Arte Levantino en la zona valenciana, señalado en los últimos años por otros autores (Hernández y Martí, 2000-2001), evidencia que su interpretación no puede entenderse de forma simplista como reflejo de un modo de vida cazador-recolector; en este sentido, puede recordarse que la representación de animales salvajes es uno de los elementos característicos de la decoración parietal del yacimiento neolítico anatólico de Çatal Hüyük. Por ello, se ha negado que la presencia de Arte Levantino entre las comunidades neolíticas valencianas pueda atribuirse a un arcaísmo, o que se vincule a la pervivencia en zonas cercanas de grupos de tradición epipaleolítica (Martí y Juan-Cabanilles, 2002b). De hecho el análisis del contexto arqueológico de estas representaciones en la zona de la Canal de Navarrés y sur del río Júcar (una de las áreas consideradas escenario de la interacción neolíticos puros/epipaleolíticos –Bernabeu *et alii*, 2002), muestra una temprana penetración de la cerámica cardial y una rápida disolución de las tradiciones epipaleolíticas (Molina *et alii*, 2003). Al mismo tiempo, que unos mismos grupos sean responsables del desarrollo de dos líneas de expresión ideológica tan distintas sólo puede entenderse si cada una tiene una función distinta o está destinada

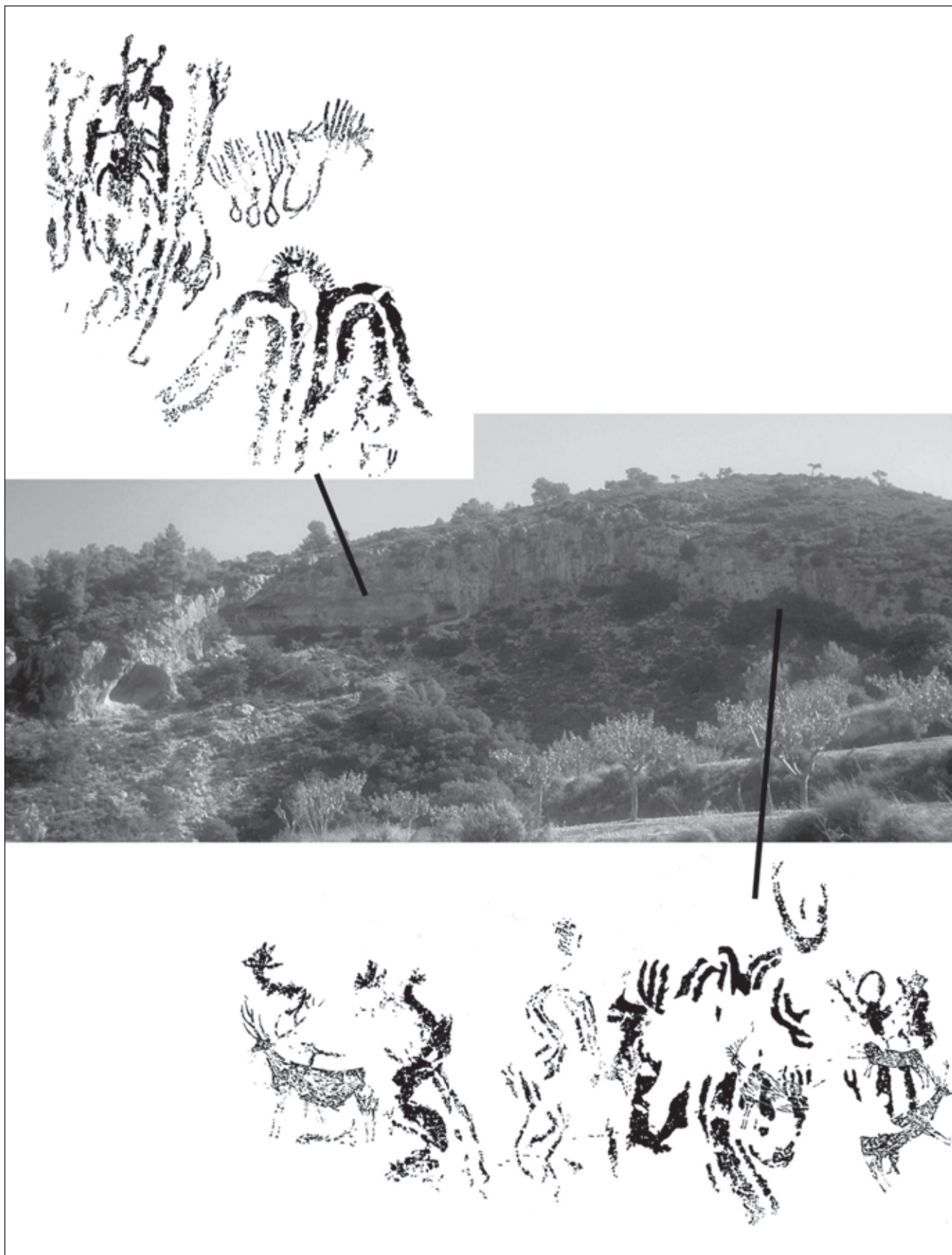


Figura 4. La Sarga. Motivos macroesquemáticos y levantinos de los abrigos I y II.

a una audiencia distinta, lo cual incluye divisiones dentro del grupo social por edad o género (Morphy, 1991). En este caso, la coexistencia de las representaciones esquemáticas y levantinas puede entenderse tanto como reflejo de una dualidad existente en las bases económicas de estos grupos, como una metáfora vinculada a la ideología y estructuras sociales de estas comunidades.

5. CONCLUSIONES

A lo largo de estas páginas hemos intentado mostrar las peculiaridades en cuanto a modo de vida de las comunidades neolíticas de las tierras centro-meridionales del País Valenciano. Desde la versión tradicional del modelo dual se ha intentado dar una visión uniforme del proceso de neolitización, basada en una tendencia constante y progresiva de consolidación del modo de vida agrícola y ganadero, debido a su inherente superioridad como sistema económico. En cambio, el análisis detallado de distintos aspectos de estas comunidades (cultura material, pautas de poblamiento, producciones simbólicas), nos indica una evolución más compleja, que sólo en parte responde a esta tendencia. Como elementos de ruptura frente a la visión tradicional, hemos señalado:

- a) No existe fijación al territorio hasta momentos avanzados de la secuencia, a finales del horizonte Neolítico IIB. Entre tanto, estos grupos se caracterizan por una elevada movilidad, un hábitat no perdurable basado en construcciones endebles, y una baja densidad demográfica; tendencia que sólo se romperá a inicios de la Edad del Bronce, con el establecimiento de los primeros poblados y estructuras estables de nuestra Prehistoria.
- b) Implantación, tras la fase inicial del Neolítico (horizonte Neolítico IA o de las cerámicas cardiales) de un modo de vida mixto, que perdura también hasta momentos avanzados de la secuencia; basado en el aprovechamiento integral de todas las posibilidades del entorno, con modos de trabajo agrícolas, ganaderos, cazadores y recolectores, y en el cual éstos últimos presentan mayor relevancia que la reconocida habitualmente.
- c) La organización social se basa en una estructura de pequeñas comunidades, posiblemente vinculadas a la noción de familia extensa, repartidas por valles y cubetas de la zona; su pequeño tamaño y relativa movilidad garantizarían la reproducción social del grupo.
- d) A pesar de tratarse de comunidades cuyos tiempos sociales vienen marcados por el ciclo agrícola, las actividades cinegéticas tienen una importancia fundamental que alcanza incluso los rituales funerarios y las producciones simbólicas: arte rupestre y fabricación de adornos y utillaje óseo.
- e) La ruptura defendida por nosotros a partir del Neolítico IB en el modo de vida, tiene su reflejo también en el mundo simbólico. Así, en el Neolítico IA asistimos a la aparición de un ceremonial complejo, con el desarrollo del Arte Macroesquemático, el uso ritual de cuevas (Or y Sarsa) o la aparición de fosos monumentales en yacimientos como Mas d'Is. Este ceremonial, destinado a mantener la cohesión social en un momento de implantación/consolidación de una nueva economía y modo de vida, va desapareciendo progresivamente a partir del Neolítico IB y será substituido por nuevas formas de expresión ideológica, reflejo de una realidad socio-económica distinta.

Sin negar el carácter productor de las comunidades analizadas, estos rasgos distintivos deben ser tenidos en cuenta para su correcta caracterización, así como en la interpretación del proceso de neolitización de las comarcas valencianas.

NOTAS

1. También en el yacimiento campaniforme de Arenal de la Costa (Ontinyent) se rompe la tendencia, pero en este caso J. Ll. Pascual (1998:211) considera la muestra demasiado reducida para permitir la comparación estadística, al igual que ocurriría en Niuet.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIAS, P.; ALTUNA, J.; ARMENDÁRIZ, A.; GONZÁLEZ URQUIJO, J.E.; IBÁÑEZ, J.J.; ONTAÑÓN, R. y ZAPATA, L. (2000). La transición al Neolítico en la región cantábrica. Estado de la cuestión. *Neolitizaçao e megalitismo da Península Ibérica. 3º Congresso de Arqueologia Peninsular*, vol. 3: 115-133. Porto.
- AURA, J.E. (2001). Cazadores emboscados. El Epipaleolítico en el País Valenciano. En V. Villaverde (Ed.), *De neandertales a cromañones. El inicio del poblamiento humano en las tierras valencianas*: 219-238. Universitat de València.
- BADAL, E. (1999). El potencial pecuario de la vegetación mediterránea: las cuevas redil. *II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica. Saguntum (PLAV)*, extra 2: 291-298.
- BADAL, E. (2002). Bosques, campos y pastos: el potencial económico de la vegetación mediterránea. *El paisaje en el Neolítico mediterráneo. Saguntum (PLAV)*, extra 5: 129- 146.
- BARANDIARÁN, I. y CAVA, A. (1992). Caracteres industriales del Epipaleolítico y el Neolítico en Aragón: su referencia a los yacimientos levantinos. *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*: 181-196.
- BARANDIARÁN, I. y CAVA, A. (2000). A propósito de unas fechas del Bajo Aragón: Reflexiones sobre el Mesolítico y el Neolítico en la cuenca del Ebro. *SPAL* 9: 293-326.
- BERNABEU, J. (1995). Origen y consolidación de las sociedades agrícolas. El País Valenciano entre el Neolítico y la Edad del Bronce. *Actes de les Jornades d'Arqueologia* (Alfàs del Pi, 1994): 37-60.
- BERNABEU, J.; GUITART, I. y PASCUAL, J.LI. (1989). Reflexiones en torno al patrón de asentamiento en el País Valenciano entre el Neolítico y la Edad del Bronce. *Saguntum (PLAV)*, 22: 99-123.
- BERNABEU, J.; OROZCO, T. y DÍEZ, A. (2002). El poblamiento neolítico: desarrollo del paisaje agrario en les Valls de l'Alcoi. En M.S. Hernández y J.Mª Segura (Coords.). *La Sarga. Arte rupestre y territorio*: 171-184. Alcoi.
- BERNABEU, J. y PASCUAL, J. LI. (1998). *L'expansió de l'agricultura. La Vall de l'Alcoi fa 5000 anys* (Col·lecció perfils del passat, nº 4). Museu de Prehistoria de la Diputació de València.
- BERNABEU, J.; PASCUAL BENITO, J. LI.; OROZCO, T.; BADAL, E. y FUMANAL, M. P. (1994). Niuet (L'Alqueria d'Asnar). Poblado del III milenio a.C. *Recerques del Museu d'Alcoi* 3: 9-74.
- BERNABEU, J.; PÉREZ RIPOLL, M. y MARTÍNEZ VALLE, R. (1999). Huesos, neolitización y contextos arqueológicos aparentes. *II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica. Saguntum (PLAV)*, extra 2: 589-596.
- BOSCH, A.; CHINCHILLA, J. y TARRÚS, J. (1999). La Draga, un poblado del Neolítico Antiguo en el lago de Banyoles (Girona, Catalunya). *II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica. Saguntum (PLAV)*, extra 2: 315-321.
- BUXÓ, R. (1991). Nous elements de reflexió sobre l'adopció de l'agricultura a la Mediterrània occidental peninsular. *Cota Zero* 7: 58-67.
- CHIKHI, L.; NICHOLS, R.A.; BARBUJANI, G. y BEAUMONT, M.A. (2002). Y genetic data support the Neolithic demic diffusion model. *PNAS* 99(17): 11008-11013.
- CRIADO, F. (1991). Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje. *Boletín de Antropología Americana* 24: 5-29.
- ESTÉVEZ, J.; GUSI, F.; OLARIA, C.; VILA, A. e ILL, R. (1987). Evolución ambiental y desarrollo de la base subsistencial hasta el 7000 BP en el Levante ibérico. *Premières Communautés Paysannes en Méditerranée Occidentale* (Montpellier, 1983): 221-226.
- FAIRÉN, S. (2002). *El paisaje de las primeras comunidades productoras en la cuenca del río Serpis (País Valenciano)*. Villena, Fundación J.Mª Soler.
- FAIRÉN, S. (2004). Rock art and the transition to farming. The Neolithic landscape of the central Mediterranean coast of Spain. *Oxford Journal of Archaeology* 23 (1): 1-19.
- FLETCHER, D. (1953). Avances y problemas de la Prehistoria valenciana en los últimos 25 años. *Anales del Centro de Cultura Valenciana* XIV: 8-36.
- FORTEA, F.J. (1973). *Los Complejos Microlaminares y Geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español* (Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueología, 4). Universidad de Salamanca.
- FORTEA, J. y MARTÍ, B. (1984-85). Consideraciones sobre los inicios del Neolítico en el Mediterráneo español. *Zephyrus* XXXVII-XXXVIII: 167-199.

- GUILABERT, A. P.; JOVER, F.J. y FERNÁNDEZ, J. (1999). Las primeras comunidades agropecuarias del Río Vinalopó (Alicante). *II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. Saguntum (PLAV)*, extra 2: 283-290.
- GUILAINE, J. (1976). *Premiers bergers et paysans de l'Occident méditerranéen*. Paris, Mouton.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S. y ALBEROLA BELDA, E. (1988). Ledua (Novelda, Alacant): un yacimiento de llanura en el neolítico valenciano. *Archivo de Prehistoria Levantina XVIII*: 149-158.
- HERNÁNDEZ, M.S. y MARTÍ, B. (2000-2001). El arte rupestre de la fachada mediterránea: entre la tradición epipaleolítica y la expansión neolítica. *Zephyrus* 53-54, 241-265.
- HERNANDO, A. (1999a). El Neolítico como clave de la identidad moderna: la difícil interpretación de los cambios y los desarrollos regionales. *II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. Saguntum (PLAV)*, extra 2: 583-588.
- HERNANDO, A. (1999b). *Los primeros agricultores de la Península Ibérica*. Madrid, Síntesis.
- HOPF, M. (1966). *Triticum monococcum L.* y *Triticum dicoccum Schübl* en el Neolítico Antiguo español. *Archivo de Prehistoria Levantina XI*: 53-73.
- HOPF, M. (1991). South and southwest Europe. En W. Van Zeist; K. Wasylkova y K. E.Behre (Eds.), *Progress in Old World Palaeoethnobotany*: 241-277. Rotterdam, A. A. Balkema.
- JORDÁ, F. y ALCÁCER, J. (1949). *La Covacha de Llatas (Andilla)*. Serie de Trabajos Varios del SIP, 11. Diputación Provincial de Valencia.
- JOVER MAESTRE, F. J. (1999). *Una nueva lectura del "Bronce Valenciano"*. Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- MARTÍ, B. (1978). El Neolítico de la Península Ibérica. Estado actual de los problemas relativos al proceso de neolitización y evolución de las culturas neolíticas. *Saguntum (PLAV)*, 13: 59-98.
- MARTÍ, B. (1985). Los estudios sobre el Neolítico en el País Valenciano y áreas próximas: Historia de la investigación, estado actual de los problemas y perspectivas. *Arqueología del País Valenciano: Panorama y perspectivas* (Elche, 1983): 53-84. Universidad de Alicante.
- MARTÍ OLIVER, B.; ARIAS-CAGO, A.; MARTÍNEZ VALLE, R. y JUAN-CABANILLES, J. (2001). Los tubos de hueso de la Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante). Instrumentos musicales del Neolítico Antiguo de la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 58(2): 41-67.
- MARTÍ, B. y JUAN-CABANILLES, J. (1997). Epipaleolíticos y neolíticos: población y territorio en el proceso de neolitización de la Península Ibérica. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I* 10: 215-264.
- MARTÍ, B. y JUAN-CABANILLES, J. (2002a). Epipaleolíticos y neolíticos en la Península Ibérica del VII al V milenio a.de C. Grupos, territorios y procesos culturales. *El Paisaje en el Neolítico mediterráneo. Saguntum (PLAV)*, extra 5: 45-87. Valencia.
- MARTÍ, B. y JUAN-CABANILLES, J. (2002b). La decoració de les ceràmiques neolítiques i la seua relació amb les pintures rupestres dels Abrics de La Sarga. *La Sarga. Arte rupestre y territorio*: 147-170. Alcoi.
- MOLINA BALAGUER, LI.; GARCÍA PUCHOL, O. y GARCÍA ROBLES, M.R. (2003). Apuntes al marco crono-cultural del Arte Levantino: Neolítico vs Neolitización. *Saguntum (PLAV)*, 35: 51-67.
- MORPHY, H. (1991). *Ancestrals connections. Art and aboriginal system of knowledge*. The Chicago University Press.
- OLÀRIA, C. (1999). Les problèmes chronologiques du processus de Neolithization au Pays Valencien: une hypothèse de périodisation. *XXIV Congrès Préhistorique de France. Le Néolithique du Nord-Ouest méditerranéen* (Carcassonne, 1994): 267-277.
- PASCUAL BENEYTO, J. (1990-91). Jaciments de cronologia Neolítica Antiga a la Vall de Bocarent. *Alba* 5-6: 24-28.
- PASCUAL BENITO, J. LI. (1998). *Utilitaje óseo, adornos e ídolos neolíticos valencianos*. Serie de Trabajos Varios del SIP, 95. Diputación Provincial de Valencia.
- RAMOS MUÑOZ, J. (2000). El problema historiográfico de la diferenciación Epipaleolítico-Neolítico como debate conceptual. *SPAL* 9: 279-292.
- RODRÍGUEZ, A.; ALONSO, C. y VELÁZQUEZ, J. (1995). Fractales para la Arqueología: un nuevo lenguaje. *Trabajos de Prehistoria* 52 (1): 13-24.
- ROMÁN DÍAZ, M^a P. (1999). Primeras aldeas con almacenamiento en el Sureste de la Península Ibérica. *II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. Saguntum (PLAV)*, extra 2: 199-206.

- SAN VALERO, J. (1950). *Cueva de la Sarsa (Bocairente, Valencia)*. Trabajos Varios del SIP, 12. Diputación Provincial de Valencia.
- SCHUHMACHER, T.X. y WENIGER, G.-C. (1995). Continuidad y cambio. Problemas de la neolitización en el este de la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria* 52 (2): 83-97.
- SHERRAT, A. (1981). Plough and pastoralism: aspects of the secondary products revolution. En I. Hodder; G. Isaac y N. Hammond (eds.), *Pattern of the past. Studies in honour of David Clarke*: 261-305. Cambridge University Press.
- SIDÉRA, I. (2000). Animaux domestiques, bêtes sauvages et objets en matières animales du Rubané au Michelsberg. De l'économie aux symboles, des techniques à la culture. *Gallia Préhistoire* 42: 107-194.
- SOLER DÍAZ, J. A. (2002). *Cuevas de inhumación múltiple en la Comunidad Valenciana* (2 vols.). Real Academia de la Historia – Diputación Provincial de Alicante.
- SOLER DÍAZ, J. y LÓPEZ PADILLA, J. A. (2002). Nuevos datos sobre el poblamiento entre el Neolítico y la Edad del Bronce en el Sur de Alicante, *Lucentum*, XIX-XX, 2000-2001: 7-25.
- TARRADELL, M. (1963). *El País Valenciano del Neolítico a la Iberización. Ensayo de síntesis*. Valencia.
- UTRILLA, P. (2002). Epipaleolíticos y neolíticos del Valle del Ebro. *El paisaje en el Neolítico mediterráneo. Saguntum (PLAV)*, extra 5: 179-208. Valencia.
- VICENT, J.M. (1991). El Neolítico. Transformaciones sociales y económicas. *Boletín de Antropología Americana* 24: 31-61.
- VICENT, J.M. (1997). The Island filter model revisited. En M.S. Balmuth, A. Gilman y L. Prados-Torreira (Eds.), *Encounters and transformations. The Archaeology of Iberia in transition*: 1-13. Sheffield, Sheffield Academic Press.
- VIGNE, J. D. (1989). Origine des principaux mammifères domestiques de l'Ancien Monde. *Ethnozootechnie* 42: 1-5.
- VIGNE, J. D. (1993). Domestication ou appropriation pour la chasse: histoire d'un choix socio-culturel depuis le Néolithique. *Exploitation des animaux sauvages à travers le temps. IV Colloque international de l'Homme et l'Animal*: 201-220. Jean-les-Pins, Éditions APDCA.
- ZILHÃO, J. (1993). The spread of agro-pastoral economies across Mediterranean Europe: a view from the Far West. *Journal of Mediterranean Archaeology* 6(1): 5-63.
- ZILHÃO, J. (2001). Radiocarbon evidence for maritime pioneer colonization at the origins of farming in west Mediterranean Europe. *PNAS* 98(24): 14180-14185.
- ZVELEBIL, M. (1992). Hunting in farming societies: the prehistoric perspective. *Anthropozoologica* 16: 7-18.
- ZVELEBIL, M. (2000). The social context of the agricultural transition in Europe. En C. Renfrew y K. Boyle (Eds.), *Archaeogenetics: DNA and the population prehistory of Europe*: 57-79. Cambridge, McDonald Institute for Archaeological Research.
- ZVELEBIL, M. y LILLIE, M. (2000). Transition to agriculture in Eastern Europe. En T.D. Price (Ed.), *Europe's first farmers*: 57-92. Cambridge, Cambridge University Press.

